

La LEYENDA del  
**HECHICERO**

— EL MAGO —



TARAN MATHARU

LA LEYENDA DEL HECHICERO  
EL MAGO

Traducción de Jesús de la Torre

 Planeta

Título original: *Summoner. The Battlemage*

© Taran Matharu Ltd. f/s/o Taran Matharu, 2017  
© por la traducción, Jesús de la Torre Olid, 2017  
© Editorial Planeta, S. A., 2017  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: octubre de 2017  
ISBN: 978-84-08-17709-8  
Depósito legal: B. 16.274-2017  
Composición: Víctor Igual, S. L.  
*Printed in Spain* - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



## 1

Un caleidoscopio de tonos violeta atravesó la visión de Fletcher. Después, se encontró en un abismo, con aguas oscuras que le inundaban la boca y la nariz.

Algo elástico le golpeó el tobillo mientras pataleaba, resistiéndose al inexorable hundimiento en aquel vacío negro. Los pulmones le ardían de frío al atragantarse con el líquido salobre.

Fue perdiendo la conciencia, que desaparecía de él a la vez que el calor de su cuerpo. Se quedó adormecido, ingrátido.

De vez en cuando, destellos de recuerdos le atravesaban el cerebro ansioso de aire. Sariel, aplastada bajo los escombros de la pirámide. El rostro sonriente de Jeffrey pasando por encima de los cuerpos paralizados de sus amigos, cerbatana en mano. El portal que daba vueltas. Su madre.

Estaba flotando en el vacío.

Pero unos gruesos dedos le agarraron los brazos extendidos y lo arrastraron hacia arriba. Tuvo una arcada cuando el aire frío le sacudió en la cara y, a continuación, sintió el golpe de un rollizo puño en la espalda a la vez que él vomitaba el líquido que se había tragado.

—Eso es. Sácalo todo —murmuró Othello al tiempo

que Fletcher pestañeaba para quitarse el agua de los ojos y ver el nuevo mundo que los rodeaba.

Estaban en una isla pequeña y escarpada con forma de cuenco del revés y cubierta con una gruesa capa de algas verdes.

Se dio cuenta de que estaban en medio de un cauce de aguas negras con árboles sumergidos, parecidos a manglares, que formaban una densa barrera a cada lado. El cielo era de un débil azul plomizo, como un atardecer invernal.

Su madre, Cress y Sylva también estaban allí, tiritando y empapadas, apretadas contra el costado de Lysander, mientras Tosk se acurrucaba en el regazo de su dueño. Ignatius daba lengüetazos a una desaliñada Athena, y Solomon yacía bocabajo, agarrado a la isla como si le fuera la vida en ello y jadeando por el esfuerzo hercúleo que debía de haber supuesto para él salir del agua y sacar también al paralizado Grifo.

—Se está moviendo —dijo Sylva a la vez que señalaba al portal que se contraía a tres metros de la isla. Estaba medio sumergido en el agua serena—. Por eso habíais llegado hasta allí cuando entrasteis por la cámara. —Mientras Fletcher miraba, el portal parecía alejarse a la vez que se contraía para después desaparecer con un leve estallido.

—No —contestó Othello señalando con la cabeza hacia los árboles movedizos que tenían a su lado—. Somos nosotros los que nos movemos.

Era verdad. Se movían lentos pero sin pausa por el oscuro río. Era casi como si la isla estuviese... flotando.

Fletcher se arrastró hasta el borde de las piedras. En el agua turbia de abajo, una cabeza de reptil giró hacia el lado para mostrar un iris moteado que le hizo un guiño.

—No es una isla —susurró Fletcher a la vez que veía cómo una garra palmeada se movía bajo la superficie—. Estamos encima de un Zaratán.

Retrocedió despacio, con cuidado de no resbalar en la superficie del caparazón. Porque eso era: un caparazón. El demonio sobre el que se encontraban podría describirse como una tortuga anfibio gigante. Supuso que sería bastante joven, pues las especies podían llegar a ser mucho más grandes que el espécimen sobre el que se habían encaramado.

Mientras contemplaba los árboles sumergidos que tenía a su lado, Fletcher pensó en cuáles eran sus opciones. Sin tierra a la vista, estarían atrapados hasta que encontraran algo mejor.

Vio destellos de una luz azul sobre los árboles que los rodeaban y se giró para ver que la silueta escarpada de Solomon había desaparecido, perfundida con el empapado cuero de invocación de Othello.

—Solomon se hundiría como una piedra si éste que nos está llevando decide sumergirse —dijo Othello a la vez que miraba con inquietud el agua negra.

—Buena idea —contestó Fletcher sintiendo una punzada de temor por Lysander. El Grifo seguía paralizado por los dardos que le había disparado Jeffrey y, probablemente, se habría ahogado si el Zaratán no hubiese pasado por allí.

En cuanto a Ignatius, se había enroscado junto a Athena y usaba su calor natural para calentarla; ella, en cambio, había colocado sus alas sobre él como una manta. Fletcher los dejó tranquilos. A los dos demonios les vendría bien intimar. Necesitaba que formaran un equipo, ahora más que nunca.

El grupo se quedó sentado en silencio y el único sonido que se oía era el crujido de los árboles con el viento. Con cada ráfaga, la serena superficie del agua se estremecía como una criatura viviente.

—La única pregunta es qué hacemos ahora —dijo por fin Cress, mirando hacia el cielo oscuro con los ojos entrecerrados.

—Esperar —respondió Sylva apoyando su cabeza en el hombro de Cress—. Esperar a encontrar tierra seca o algún lugar donde escondernos. Esperemos que este Zaratán nos saque rápidamente de aquí.

—¿Por qué tenemos que escondernos? —preguntó Othello.

—¿Crees que los orcos no van a darse cuenta de que nos hemos ido? —dijo Sylva, señalándolos a todos—. Verán la mancha de sangre en el suelo y sabrán que nos hemos escapado por un portal a su parte del éter. Por supuesto, las claves no nos transportan a un lugar determinado, así que no sabrán exactamente dónde estamos, pero sí sabrán que estamos en esta zona.

—Puede que nos dejen en paz —susurró Cress, casi como si hablara para sí misma.

—Acabamos de entrar en el centro de su lugar más sagrado y hemos acabado con la mitad de un ejército que han tardado años en formar —repuso Sylva negando con la cabeza—. No van a dejarnos escapar tan fácilmente. Los jinetes de los Guivernos nos encontrarán en cuestión de horas, entrarán en el éter en cuanto regresen de perseguir a los demás equipos. Tenemos suerte de que Fletcher enterrara a tantos de los demonios más cercanos de los brujos. Estarán desorganizados, al menos durante un rato.

—Sylva tiene razón —confirmó Fletcher—. Vamos a esperar a llegar a tierra y a estar protegidos por el bosque. Aquí afuera estamos demasiado expuestos.

Se arrastró hacia atrás y se acurrucó junto a su madre. Se le hacía raro tocarla. Apenas podía creer que fuese real. ¿De verdad era ella... después de tanto tiempo?

Todos esos años observando los rostros de las mujeres a las que conocía, pensando en la persona cruel que lo pudo haber dejado desnudo en mitad de la nieve. Y ahora, descubrir que ella le había querido y que la habían mantenido apartada de él todo ese tiempo.

Al apoyar la cabeza en el hombro de ella, Fletcher se dio cuenta de que su madre estaba temblando. Estaba tan esquelética que su cuerpo no la protegía del frío y los mugrientos harapos que llevaba puestos estaban empapados.

—Cress, ¿dónde están las mochilas? —preguntó Fletcher.

—Pues... en cuanto a eso... —murmuró Cress a la vez que retorció las manos en su regazo—. Aterrizamos en el agua y yo necesitaba las manos para permanecer a flote. Sólo conseguí agarrar uno de los sacos de pétalos y dos mochilas. La de Jeffrey y la tuya.

Empujó la mochila empapada de Fletcher. Al pensar en que habían perdido sus valiosos pétalos, Fletcher sintió en el pecho una oleada de miedo, pues eran la única fuente de inmunidad ante el veneno natural de la atmósfera del éter, pero alejó ese pensamiento por un momento. Abrió la mochila y sintió alivio al ver que el apretado revestimiento de cuero había evitado que le entrase apenas agua. Tras rebuscar en el fondo, sacó la chaqueta que Berdon le había regalado por su cumpleaños y se la colocó a su madre sobre los hombros, subiéndole la capucha por encima de la cabeza.

La mujer frotó la mejilla contra la suave pelusa de la piel de conejo.

Por primera vez, miró a su madre a los ojos. El agua de la ciénaga le había limpiado casi toda la suciedad de la cara y Fletcher se maravilló ante el sorprendente parecido con su gemela, Josephine, la mujer a la que había visto junto a Zacharias Forsyth durante su juicio. Sin embargo, no eran idénticas. No en su actual estado, por lo menos. Su madre tenía los ojos hundidos y la mirada perdida en el vacío. Él le apartó un mechón de pelo de la mejilla, que estaba tan demacrada que casi era esquelética. ¿Quién podría imaginar lo que debía de haber sufrido durante los diecisiete años de su cautiverio?

—Alice, ¿puedes oírme? —preguntó Fletcher. Trató de mirarla fijamente a los ojos, pero no había luz en ellos—. ¿Madre?

—¿Madre? —repitió Othello en voz baja—. Fletcher... ¿estás bien? Ésta es lady Cavendish.

—No —respondió Fletcher mientras ayudaba a aquella mujer a meter los delgados brazos en la chaqueta—. Lady Cavendish murió en su caída; nunca fue ella la prisionera. Esta mujer ha estado allí mucho más tiempo... toda mi vida. Reconoció a Athena y llamó a su bebé y yo recuerdo su cara en mi sueño. Es mi madre. Los orcos se la llevaron cuando yo era un niño.

Othello frunció el ceño y, después, comprendió. Pero aunque abrió la boca para hablar, rápidamente desvió la mirada hacia las aguas turbias que tenían detrás.

—¡Aparta! —gritó Othello lanzándose al otro lado del caparazón. Fletcher estaba tumbado y oyó el hueco chasquido de unas fauces por encima de su cabeza. Un olor fé-

tido a pescado lo invadió y, a continuación, la criatura desapareció, volviendo a sumergirse en las aguas oscuras que los rodeaban sin apenas emitir ningún sonido.

Fletcher pudo entrever una cabeza de reptil y, durante un breve momento de pánico, pensó que los Guivernos los habían alcanzado. Pero entonces vio, en el agua que los rodeaba, unas siluetas encorvadas y parecidas a troncos, y a su mente acudieron de forma espontánea sus clases en Vocans.

Sobeks. Grandes criaturas bípedas parecidas a los cocodrilos que utilizaban sus fauces y garras para descuartizar a sus oponentes, si es que sus grandes colas no les asestaban antes un golpe mortal. Encorvado a una altura de metro y medio, el Sobek era un demonio de nivel nueve.

Y ahora estaban rodeados por docenas de ellos.